

La rata

Estaba enferma desde hacía tiempo, y no sabía a qué atribuir ese malestar. Fui con dos especialistas y después de arduos exámenes clínicos y análisis de laboratorio, llegaron a la misma conclusión: Yo no tenía nada.

Todo me molestaba, me caía mal la comida y mi figura no me agradaba. Yo me veía como jorobada. Tampoco como ballena jorobada, no vayas a creer, pero hasta estaba descolorida.

Mi vida marital no era ni remotamente lo que yo esperaba y para que quede claro el punto, vivía de las greñas con mi esposo. Cada vez que intentaba tener algo con él, su mamá aparecía o le llamaba, le pedía ayuda, compañía o lo que fuera. Parecía que intentara alejarlo de mí.

Todo eso me tenía más que fastidiada y no hallaba el modo ni de convivir con él ni de amigarme con ella.

Y si esto lo sumaba a mi malestar, estaba frita. Ya no hallaba la puerta.

Una amiga ofreció llevarme con una señora, doña Romanita, que dijo que vivía en una vecindad cercana al Penny Riel; eran tiempos en que cuando el tren se escuchaba, toda la gente corría dentro de los puestos de ropa americana o de tenis para salvar el pellejo porque pasaba por en medio del mercadeo, y pobre de aquel que no lo oyera a tiempo.

—Para entonces, a esa altura del relato yo trataba de recrear la escena, el rumbo lo conocí hace poco, cuando ya los trenes ni pasan por ahí y ni tiendas hay. Solo he visto tejabanos abandonados y medio derruidos. La construcción de una gran avenida, así como una vía del metro elevado dieron paso a lo que llaman progreso. Tampoco entendía para qué consultar sobre algo que pasó hace tanto tiempo. El cuento me

*Nacida en Monterrey en 1957. Profesional de la educación, ha colaborado en publicaciones como *A Lápiz, Conciencia Libre, La Quincena, Nosotras y Trastienda*.

■ ■ Nora Carolina Rodríguez Sánchez*

estaba pareciendo un tanto alocado pero ella quería ser escuchada. Y ahí me tienes, sin remedio.

Entonces fuimos con la señora Romanita y tuvimos que esperar varias horas. Primero porque ella andaba en el supermercado y una vez que estás ahí no te puedes mover porque pierdes tu lugar. Entonces se tardó dos horas en llegar. Luego, porque yo era la número trece en la fila y aunque no me acababa de gustar, así tocó. Con cada persona se tardaba diferente. Unas entraban y salían en cinco minutos y otras tardaban casi una hora.

Por fin fue mi turno.

El lugar era espacioso y no había muebles. Me refiero a la sala de consulta. Solo había una mesa blanca alta y una silla de plástico en la que la mujer se sentaba. Tú debías subir a la mesa con la ayuda de un pequeño banco. El cuarto sin ventanas, un techo de lámina de asbesto sostenida con unas vigas de metal. Todo pintado de un color verde claro y el piso de mosaico rojo no muy limpio, en algunos lugares se notaba que el trapeador había arrastrado restos de comida y estaban embarrados. A nadie parecía importar la higiene del lugar. Cada tanto tiempo todo el mundo debía callarse porque el campaneó previo a la llegada del tren, así como el silbato al pasar hacía que se perdiera cualquier conversación.

Empezó a preguntar qué sentía, desde cuándo y qué era lo que yo quería. Su diagnóstico fue claro y conciso. Mi suegra me había hecho un trabajo. Me dijo que eso era fácil de arreglar pero que yo no me iba a recuperar inmediatamente. Yo estaba dispuesta a hacer lo que fuera para ya salir de eso, así que le pedí que le diera pa' delante.

Me acosté boca abajo en la mesa y ella me desabrochó la ropa. Toda. Entonces agarró mi piel desde la cintura y la fue estirando para arriba, jale y jale como si fuera a desollarme. Me daba unos jalones que

me dolían muchísimo y empecé a gritar pero no me salía sonido de la garganta. A ratos pensaba que me estaba imaginando todo eso. Una y otra vez estiraba y estaba enojada diciendo que se le soltaba.

–Mientras me lo contaba, yo quería guardar compostura y parecer la psicóloga que digo ser, pero en varias ocasiones no pude evitar sonreír un poco. Una cosa es interpretar los síntomas de pacientes, entender que son parte de SU realidad y otra, darlos por ciertos.

Tanto estiró y estiró hasta que, en una de esas, sentí que me arrancaban un pedazo aquí en la nuca y al voltear, rápidamente alcancé a ver una ratota que acababa de sacarme del cuerpo. Haz de cuenta que apenas sentí eso y descansé. No me has de creer pero así fue. Luego me levanté y me vi en un espejo y ya no estaba jorobada. Era la rata esa que traía adentro. La señora me explicó que mi esposo estaba

enamorado de su mamá y que ese mal nos lo había hecho para que no fuéramos felices.

–Yo le pregunté que si en verdad creía eso o lo había imaginado. Le dije que no era posible porque simplemente no tenía una herida por donde hubiera salido la rata. Insistí en la falta de veracidad y le pregunté que si era algo simbólico. Ella aseguró que no, qué tal vez yo no era creyente y que me estaba burlando. Dejé de hablar entonces pensando que si yo insistía sobre el principio de realidad ella ni siquiera pagaría la consulta. Volví a portar mi cara de psicóloga y entonces le recomendé que hiciera un escrito con todo eso y que ella sola lo analizara. Dijo que no, que corría el riesgo de que su esposo lo leyera y por nada del mundo quería que él se enterara, ya se estaban entendiendo muy bien. Cuando cuestioné sobre la distancia entre el evento y la consulta, contestó que era algo que traía atorado, como la rata. Que necesitaba sacarlo.